

## LA RACIONALIDAD OBJETIVA, BASE DE LA RACIONALIDAD SUBJETIVA (1981)<sup>1</sup>

«Lo fundamental del pensamiento de Hegel se inserta en ese grande y persistente esfuerzo por reinstaurar al hombre plenamente en la naturaleza y en explicar el proceso humano de pensar como una forma de la actividad del hombre en su lucha con la naturaleza, de su trato con la realidad; sobre todo, en buscar una explicación naturalista y esclarecedora a esa actividad, aparentemente esencial y exclusiva del hombre: la razón»

«"Todo lo real es racional y todo lo racional es real" (Hegel, *Filosofía del Derecho*, prólogo).»

Eloy Terrón Abad

### La razón como interiorización de los procesos naturales a través de la experiencia ganada en el trabajo

Se ha escrito mucho sobre el sentido y contenido de estas frases de Hegel y, por lo general, han sido rechazadas como idealistas, metafísicas. En mi opinión, estas palabras de Hegel, entendidas de una manera materialista, tienen mucho de verdad ya que implican una manera muy especial de comprender la realidad y al hombre en ella.

Al decir que "todo lo racional es real" se afirma que el discurso humano (no hay otro) sobre las cosas del mundo objetivo refleja el movimiento y el orden de las cosas que existen fuera de nosotros. Se afirma algo más, todavía: que la manera de discurrir nuestra mente sobre las cosas tiene necesariamente que seguir el orden de las cosas (la lógica de las cosas), porque todo el conocimiento que tenemos de ellas procede de que *lo real* (el mundo objetivo) se nos ha impuesto como experiencia en nuestro intento por adaptar las cosas a nuestras necesidades y adaptarnos nosotros a ellas.

Pienso que aquí radica la clave para entender la naturaleza y función de nuestra conciencia, y la naturaleza y función del conocimiento. Nuestra *facultad*, nuestra capacidad, de conocer nos parece tan nuestra, tan íntima, tan propia, que nos impulsa a incluir también los resultados, nuestros conocimientos. Pero ¿qué es nuestra facultad de conocer sin el conocimiento? ¿Existe la facultad de conocer individual sin un conocimiento previo? Parece que no; parece que, en cada individuo, nuestra facultad de pensar (de conocer, de razonar, etc.) es función del conocimiento recibido del exterior, del medio social, asimilado e interiorizado, que ha terminado por convertirse en la *mismidad* de cada uno, en la subjetividad, en lo que los filósofos llamaban el *yo*, la conciencia. Por consiguiente, el centro de la indagación pasa del yo, de lo subjetivo de cada uno, a algo bastante inaprensible, bastante etéreo, como

---

<sup>1</sup> Intervención con motivo de la conmemoración del 150 aniversario de la muerte de Hegel por la Universidad de Málaga, coordinada por el profesor Andrés Martínez Lorca (las actas no se publicaron porque la subvención de la Diputación Provincial no alcanzó para poder hacerlo). Por lo demás, en el archivo de Eloy Terrón hay dos versiones del texto original: una primera manuscrita y más breve; y otra mecanoscrita, resultado de la revisión de la anterior, con inclusión de subtítulos y con un apartado más, el último. Transcripción, revisión y edición de Rafael Jerez Mir (en cursiva, lo subrayado en el original). (*N. del ed.*).

es el conocimiento que podríamos llamar social, en cuanto se transfiere de los individuos adultos a los niños y de unos individuos a otros; conocimiento, por otra parte, recogido y depositado en los libros, en todas las obras materiales humanas, en las herramientas, en las costumbres, etc.

Ahora bien, ¿qué es ese conocimiento social y cuál es el soporte más peculiar para que se haga activo en cada conciencia individual? Ese conocimiento no es otra cosa que la experiencia humana acumulada, organizada, que han ganado los hombres desde los orígenes en sus esfuerzos por dominar la naturaleza (y lo que en el propio hombre hay de naturaleza) para adaptarla a sus necesidades. El conocimiento que posee hoy la humanidad no es más que el trasunto ideal de la realidad conseguido por los hombres -por todos ellos- en sus esfuerzos por dominar la naturaleza y sólo de aquellos aspectos que realmente dominan. En este sentido profundo, el conocimiento está ligado a las preferencias de actividad determinadas por las necesidades humanas.

El soporte del conocimiento es básica y sustancialmente el lenguaje, la palabra, oral o escrita, pero con preferencia oral. También las herramientas son genuinos soportes de conocimiento, así como toda obra humana, en cuanto su realización ha exigido una conducción intelectual. Y ¿qué actividad humana no exige una guía intelectual, esto es, experiencia organizada? Sin embargo, hasta tal punto es el lenguaje el soporte básico del conocimiento que son muchos los hombres que confunden el conocimiento con la palabra, con el lenguaje, porque en realidad cuando pensamos (reflexionamos o razonamos) utilizamos palabras y, en apariencia, sólo palabras.

Para muchas personas lo que se maneja en la actividad de pensar son sólo palabras, simples palabras. No descubren diferencias notables entre palabras y conceptos. Mejor aún: hay quienes niegan la existencia de los conceptos como entidades metafísicas o algo parecido. En mi opinión, el concepto es la condensación de la experiencia humana en torno a una palabra; el enriquecimiento del conocimiento de la realidad logrado en la representación de las cosas y que se fija sobre las palabras es en verdad el significado de las palabras.

Pero el significado de la palabra hombre no es el mismo para un griego, un romano, un escolástico medieval o un humanista del Renacimiento, que para un científico experimental del siglo XIX o un científico del siglo XX; ni siquiera es el mismo para un campesino aldeano, un ingeniero industrial o un filósofo o un antropólogo de hoy. Porque lo mejor que se podría decir de los conceptos es que son como las herramientas, que se desarrollan, se especifican, se perfeccionan y recogen la experiencia humana de lucha contra la naturaleza para adaptar porciones de ella a las necesidades humanas. Es necesario aceptar que de toda acción del hombre sobre la naturaleza, sobre otro hombre o sobre sí mismo, el hombre extrae experiencia que se decanta en las palabras (y enriquece los conceptos).

Podría decirse que la experiencia acumulada por todos los hombres en forma de conocimiento constituye una imagen, un reflejo, de la realidad sobre la que los hombres han vivido y de la que han obtenido sus medios de vida. Y los hombres han elaborado esa imagen (el conjunto de conocimiento acumulado) aportando cada uno la experiencia ganada en su particular

inserción en esa multiforme realidad; la masa de conocimiento de que disponemos es la aportación de millones y millones de hombres, cada uno operando en su rincón y desde su especial o su particular punto de vista, de manera que constituye un riquísimo trasunto formado por átomos de experiencia comprobada miles de veces.

Se podría asegurar que el conjunto del conocimiento es una imagen (o reflejo) crecientemente exacto, correcto, de la realidad en que vivimos. Que este conocimiento es exacto y correcto nos lo demuestran día tras día millones y millones de hombres que, en las más diversas y complejas ocupaciones, operan sobre la realidad guiándose por el conocimiento acumulado y que sólo muy rara vez fracasan en sus esfuerzos. Toda la actividad humana es guiada por el conocimiento y en general consigue los resultados previstos y anticipados en la imaginación de los hombres; lo que nos revela que el conocimiento científico acumulado es correcto, pues, si no lo fuera, ni las fábricas, ni las granjas, ni los grandes almacenes, ni las ciudades, ni los Estados funcionarían.

La masa de conocimiento es correcta en cuanto es resultado del dominio creciente del hombre sobre la realidad. En cada momento histórico el conocimiento disponible se corresponde con ese dominio y puede decirse que hubo un momento en el que no existía tal conocimiento sino sólo experiencia animal y que la masa de conocimiento inició su lento desarrollo de modo correlativo con el dominio que el hombre iba logrando sobre lo real.

Esta correspondencia entre conocimiento y dominio de lo real se debe a que el conocimiento es un subproducto de la acción humana sobre lo real y de la estructura misma de lo real descubierta por la acción humana (al excavar un pozo se descubren las capas de la tierra; al cortar un tronco se descubre la estructura de la madera; etcétera). El conocimiento refleja los procesos y la estructura de lo real a través de la conciencia humana que, en el trabajo, normalmente no deforma la realidad.

Si los sentidos humanos o los sentidos animales deformaran la realidad, no existirían el hombre ni los animales. Los sentidos reflejan lo real porque han sido moldeados, conformados, por lo real. Si los sentidos y el conocimiento humano deformasen la realidad, el hombre no habría sobrevivido ni habría alcanzado tal dominio sobre su medio.

Sólo en la medida en que el conocimiento es un reflejo fiel de la realidad, es un guía perfecto para la acción humana.

### **Las leyes de lo real determinan las leyes del pensamiento**

El dominio del hombre sobre su medio, sobre lo real -es decir, sobre la naturaleza-, comenzó en cero, y lo mismo sucedió con el conocimiento. Tal dominio es resultado de la acción, de la actividad, del hombre conducida por algún conocimiento previo que produce nueva experiencia, nuevo conocimiento. De ahí la ecuación entre dominio de la naturaleza y conocimiento de la misma; uno y otro crecieron en paralelo, condicionándose de modo mutuo, dando así lugar al desarrollo de la cultura.

La extensión del dominio del hombre sobre la naturaleza y la correlativa acumulación de experiencia en forma de conocimiento han determinado la

configuración de las conciencias de cada época histórica y han fijado los jalones de los diferentes estadios de la evolución del pensamiento humano. Cada nuevo estadio conquistado ha resultado de un ensanchamiento cualitativo o cuantitativo del dominio del hombre sobre su entorno. Pero, en lo fundamental, ha sido la base de los progresos de la racionalidad humana, en cuanto que el conocimiento que configuraba las conciencias no sólo reflejaba el dominio que el hombre había alcanzado sobre la realidad sino que -lo que es más significativo- trataba también de reproducir la estructura de la realidad y las relaciones de los hombres entre sí.

De este modo, si se admite que los individuos *piensan* sobre las cosas por medio del conocimiento recibido de su medio social (asimilado, interiorizado y convertido en su yo, en su subjetividad), lo que a primera vista pueden parecer leyes del propio pensamiento son, en verdad, relaciones entre las cosas reales. En otras palabras: lo que al individuo le parece racional *no lo es porque el discurrir de su pensamiento coincida con los procesos reales, sino que los procesos o seres objeto de pensamiento, ellos mismos u otros similares, han modelado el conocimiento "social" a través del cual el individuo los piensa*. Lo racional es el orden y relación de las cosas manifiesto en el conocimiento que han ido ganando los hombres en su lucha con la naturaleza. Son los procesos reales modelando el conocimiento humano y, a través de él, el pensamiento de los individuos los que determinan la racionalidad del discurrir del pensamiento de cada uno.

A lo largo de la historia humana se ha producido una confusión gravísima nacida de la creencia generalizada en que *el pensamiento es generado por la subjetividad del individuo* y en que, por tanto, sus leyes le son inmanentes (es decir, que las leyes del pensar son intrínsecas al propio pensamiento). Pero no es así. La materia del pensamiento, los conceptos (las palabras y su significado) trascienden a los individuos; existían antes que ellos y les sobrevivirán, posiblemente, siglos. Los individuos reciben de su medio social los elementos del pensamiento (palabras y conceptos) que interiorizan hasta convertirlos en su conciencia, que es el medio a través del cual (no tienen otro posible) piensan las cosas de la realidad. Y las leyes del pensamiento son en pura verdad leyes del comportamiento de los objetos, de las cosas, de los procesos de la realidad, que han sido manipulados innumerables veces por los hombres para subvenir a sus necesidades, dejando un subproducto: la experiencia humana que, al socializarla, se convirtió en conocimiento. Éste, en cuanto material inmediato del pensamiento individual, sí influye y condiciona el pensamiento.

Con bastante seguridad, se podría decir que las verdaderas leyes del pensamiento son las leyes de la generación, acumulación, clasificación y sistematización del conocimiento humano, de su transmisión, su asimilación por los individuos y su conversión en las conciencias individuales.

Para entender objetivamente las leyes del pensamiento hay que comprender dos momentos fundamentales:

- 1) la generación del conocimiento "social" sobre los materiales que aporta la experiencia de los hombres en sus esfuerzos por dominar la realidad, esto es, en el trabajo;

- 2) la transmisión y, por tanto, la asimilación del conocimiento “social” por los individuos y cómo este último constituye y organiza las conciencias individuales preparándolas para generar nuevo conocimiento al recoger experiencia en la actividad práctica.

Si las cosas ocurren así, es fácil llegar a la afirmación de que las leyes de la realidad -las leyes descubiertas por las ciencias- se convierten en las leyes del conocimiento social humano y, a través de éste, informan las leyes de las conciencias, esto es, las leyes del pensamiento.

No podría suceder de otro modo, pues, si se admitiese que la naturaleza tiene sus leyes y el pensamiento otras peculiares suyas, sería muy difícil hacer coincidir el pensamiento con la realidad y nos encontraríamos con el continuado milagro de que nuestro pensamiento (lo que pensamos sobre las cosas) conviniera con el orden y naturaleza de las cosas pensadas. Si nuestro pensamiento es correcto lo es porque ha sido modelado por las cosas reales de modo previo; pero no nuestro pensamiento individual sino el pensamiento “social” (el conocimiento) que los hombres pasados y presentes han ganado en su lucha por adecuar la realidad a sus necesidades.

Solamente si se acepta la primacía de la realidad en el modelamiento de nuestro conocimiento social -y, consiguientemente, de nuestras conciencias individuales- se podrían evitar los gravísimos escollos del dualismo, de la existencia de dos realidades distintas y ajenas entre sí -la realidad material y la realidad espiritual- pero conciliables entre sí.

### **Integración de la experiencia en complejos cada vez más amplios**

Queda todavía por resolver otra cuestión importante, inexplicable si se acepta el dualismo materia-espíritu.

Es evidente que los hombres recogen experiencia (toda la experiencia humana) en su actividad sobre las cosas (en el manejo de ellas, en las modificaciones que provocan en su medio). Pero, como cada acción es puntual, aislada, la experiencia ganada es necesariamente fragmentaria, atomizada, desorganizada, y, como tal, esa experiencia no es utilizable, transferible: es indispensable ligar unas experiencias con otras, organizarlas, integrarlas. Pero ¿qué factor (o factores, o elementos) determina, condiciona o fuerza la integración de la experiencia para hacerla utilizable en la conducción de la actividad humana y socialmente transmisible?

En mi opinión, se ha prestado muy poca atención a este proceso. Parece completamente normal y cotidiano el paso de la experiencia al conocimiento social, que utilizamos sin preguntarnos cómo se ha constituido. A lo más a que han llegado algunos científicos es a preguntarse cómo se ha pasado de lo experimentable a las grandes teorías, en sí no experimentables: esto es lo que sorprendía y preocupaba a Einstein al querer justificar su elaboración de la teoría general de la relatividad, y lo que le indujo a buscar fórmulas para comprobar de modo experimental su teoría.

Esto es correcto: todo científico tiene la obligación de comprobar sus formulaciones teóricas y, cuanto más abstractas sean éstas, más empeño e imaginación tiene que poner en encontrar la manera de comprobarlas, en verificarlas. Sin embargo, continúa en pie la cuestión determinante, la

integración de la experiencia fragmentaria y su conversión en conocimiento, que, como la moneda, es manejable y fácilmente transferible por cualquiera que sea. Es necesario admitir que la experiencia, en su forma pura, es absolutamente intransferible, incomunicable; por tanto, se impone, de modo obligado, integrar la experiencia, fijándola sobre algún soporte material, físico, para difundirla, generalizarla, socializarla.

### **La evolución de la integración de la experiencia de la humanidad**

A lo largo de la evolución de la humanidad, se pueden distinguir tres etapas en la integración de la experiencia:

- 1) la integración animal;
- 2) la integración social;
- 3) la integración objetiva.

El animal acumula la experiencia ganada por el individuo acuciado por sus necesidades vitales (alimentación, defensa, apareamiento, etc.).<sup>2</sup> Esta forma de integrar la experiencia es la base de toda la evolución animal y el fundamento de la acción del animal; y es, asimismo, el cimiento sobre el que va a surgir la experiencia humana. El modo animal de integrar la experiencia resulta de la mera consideración de la naturaleza del animal. Esta afirmación se deduce de una simple ojeada a la biología evolucionista: la necesidad es la madre real de la experiencia animal.

Con el surgimiento de la sociedad humana y, por tanto, del hombre, surge una forma nueva de acumular e integrar la experiencia: una forma nueva, tan revolucionaria, que confirió a una especie -la humana- la hegemonía en la biosfera.

En el tránsito del primate al hombre, la experiencia animal es sometida a profundas transformaciones:

- 1) la aparición del lenguaje va a condicionar de modo radical la acogida, acumulación e integración de experiencia: la palabra específica, clasifica y cristaliza sobre ella la experiencia;
- 2) la invención y utilización de herramientas abre un nuevo campo de experiencia, pues ya no se trata sólo de la experiencia de las cosas y procesos naturales (tales como otras especies y las señales neutras que conducen al alimento) sino de la experiencia de unos trozos de naturaleza -como palos o piedras- adecuados para actuar sobre las especies que le sirven de alimento o sobre los depredadores: los primeros utensilios que el hombre se apropia y lleva consigo;
- 3) el largo período de aprendizaje de la criatura humana, durante el cual pasa desde el estado inerte más completo a la autonomía mediante la recepción (la inculcación) de la experiencia recogida y atesorada por el grupo social: la experiencia que necesitará al llegar a adulto;

---

<sup>2</sup> Eloy Terrón colaboró estrechamente en IBYS y en IBA con Faustino Cordón, para quien la alimentación es la forma básica de la relación no ya sólo del animal sino de cada ser vivo con el medio propio de su especie. (*N. del ed.*).

- 4) las formas de obtener y preparar alimentos, de protegerse de la intemperie y de los depredadores, que no son otra cosa que la acumulación de experiencia sobre los objetivos humanos predominantes en cada etapa histórica, como la recolección de frutos, raíces, tallos y otros alimentos, la caza, la pesca, la recogida y preparación de granos (luego, su cultivo), la domesticación de animales, etc.; en otras palabras, la integración de la experiencia sobre los propósitos humanos.

Así, en la transición del primate al hombre, la experiencia animal sufrió una profunda transformación; la vinculación de la experiencia con la palabra abrió perspectivas inimaginables a la acumulación y clasificación de la experiencia.

- 1) La unión entre experiencia y palabra estableció la posibilidad de la transmisión de la experiencia (que en la etapa animal era totalmente privativa del individuo e intransferible) a los individuos coetáneos; por ese medio, la acumulación de experiencia dio un salto de gigante y apareció una forma nueva de almacenar (de atesorar) la experiencia: la acumulación social de la experiencia bajo la forma de conocimiento.
- 2) La aparición de medios para acumular (clasificar, organizar) la experiencia: el lenguaje, los utensilios, más tarde las herramientas y en general todos los elementos de la cultura humana (desde la recogida de alimentos, pasando por la caza, la pesca, el cultivo, la ganadería, la vivienda, hasta las normas sociales de comportamiento).
- 3) La educación, en cuanto transmisión y asimilación de experiencia, que, primero por imitación y después por demostración y enseñanza oral, pasó a adquirir una importancia decisiva en el desarrollo social de los grupos, domesticando al hombre y adaptándolo a los elementos culturales.
- 4) Y, lentamente, a medida que la humanidad progresaba en su dominio de la naturaleza, la configuración de los modos (objetivos o propósitos) de subvenir a las necesidades materiales de los individuos, como la caza, la pesca, los cultivos agrícolas, la domesticación de animales, la fabricación de herramientas, de utensilios y de vestidos, la construcción de viviendas, etc.; cada uno de los cuales exigió una forma de especialización, hasta convertirse en un oficio, de modo que, por su importancia decisiva para la conservación de la vida humana, pasaron a cumplir el papel selector y fijador de experiencia, que en los animales cumplen las necesidades biológicas básicas.

Ahora bien, en la integración y organización de la experiencia (ganada en la actividad, ante todo en el trabajo) hay que distinguir dos planos o niveles:

- 1) la integración primaria de la experiencia, indispensable para proseguir la actividad productiva (es necesario recalcar que la recogida de experiencia está determinada por la actividad posterior y su significación para la vida);

- 2) la elaboración de la experiencia para construir un cuadro o una imagen de la realidad en la que viven los individuos; dicha imagen es asimismo indispensable, necesaria, para la supervivencia de los individuos y del grupo puesto que -en cuanto la vida de los hombres depende de un determinado ámbito geográfico donde está la caza, donde pastan los ganados o donde crecen sus cultivos- es de precisión absoluta que ese ámbito esté sometido a un orden, a unas leyes regulares que proporcionen a los hombres seguridad y confianza para continuar trabajando.

No cabe duda de que el primero de estos dos niveles de integración de experiencia es previo y fundamento del segundo; podría decirse que el segundo se construye sobre los resultados del primero.

El primer nivel de integración de experiencia está entroncado de modo estrecho con la experiencia animal y resulta de su desarrollo, con las modificaciones impuestas por la aparición de lenguaje y de los elementos de la cultura (desde las normas de comportamiento, pasando por los utensilios, a las herramientas, etc.).

La integración de la experiencia animal está determinada por la necesidad de sobrevivir, y lo mismo sucede con la experiencia humana adquirida en la actividad productiva. La necesidad de sobrevivir, de conservar, de permanecer, es la que fuerza en el animal la recogida de experiencia para asegurarse al máximo la eficacia de la acción; y la misma necesidad impuso a los hombres recoger la experiencia alumbrada en el uso de utensilios para actuar sobre la realidad. La eficacia de la acción, cumplida con gran esfuerzo y de modo muy penoso, obligó a los hombres a escudriñar todos los vestigios de acciones pasadas con el propósito de mejorar la acción futura para que no fracasara la acción siguiente.

Eso explica el miedo a que un penoso esfuerzo, del que puede depender la subsistencia individual o del grupo, se malogre por falta de previsión, esto es, de experiencia previa para dirigir la acción. El fracaso de un esfuerzo (de una acción) enseña mucho más que cien esfuerzos coronados por el éxito. De ahí la afirmación de un filósofo moderno: enseña más una derrota que cien victorias.

### **La generación de experiencia por el hombre en la agricultura y en la domesticación de los animales**

Durante milenios la acumulación de experiencia humana sobre el lenguaje, los utensilios y los propósitos sociales (las ramas de producción) fue muy lenta; debió quedar reducida a una lengua todavía torpe, a unos pocos utensilios muy toscos y a unos propósitos sociales como la recogida de alimentos espontáneos, la caza y la pesca (donde había condiciones para ella).

La recogida y acumulación de experiencia dio un salto de gigante cuando los hombres pasaron de ser meros recolectores de alimentos espontáneos a producirlos, conservarlos y prepararlos para el consumo. La producción de alimentos implicó necesariamente especies vegetales seleccionadas, herramientas, utensilios de conservación y de cocinar y conocimientos del suelo, del riego y, más tarde, del abonado (en otras



palabras, del cultivo). Más adelante apareció la domesticación u cuidado de animales.

Son los cultivos (la conservación y la preparación de los productos) los que fuerzan la acumulación rápida y urgente de experiencia por la especialización que suponen, pues con ellos los hombres se entregan a unas tareas concretas y decisivas para su existencia; tareas, por otra parte, que ponían (y aún ponen) en tensión todo su ser. La dedicación especializada a un tipo de tareas y la dependencia de la vida de la comunidad o del grupo del resultado de ellas constituyen dos de los factores más acuciantes de la acumulación e integración de experiencia.

A medida que se difundieron y generalizaron los cultivos y la ganadería se fueron constituyendo cuerpos de conocimientos (de experiencia socializada). Éstos se hicieron tan necesarios e indispensables que los hombres aprovecharon las más diversas formas para fijarlos y conservarlos, aunque su transmisión se efectuó durante milenios con preferencia por la simple imitación de los jóvenes, que aprendían así de los mayores: la gran mayoría de los refranes y frases hechas se refieren al cultivo, al tiempo, a las cosechas, etc.

Debido a los numerosos factores que influyen y determinan los resultados de los cultivos y de la ganadería, el cuerpo inicial de conocimientos se fue extendiendo de las plantas al suelo, a las herramientas, al agua (a la lluvia o al riego), a los abonos, al tiempo (al clima), a las estaciones, al trabajo de los hombres, hasta a los ritos de fecundidad, etc.; y lo mismo cabe decir de los ganados y de los cuidados que exigen en pastos, agua, protección y demás. Así, el cultivo y la ganadería (más aquél que ésta) produjeron un cambio radical en las relaciones de los hombres con el medio (o ambiente), inimaginable en los animales.

Del mismo modo que el hombre recolector, el animal podía acostumbrarse a un lugar de abrigo o de protección, pero lo hacía sin que se crease ningún tipo de dependencia de cualquier lugar concreto ni por lo que se refiere al abrigo ni por lo que atañe a la comida; se habla ahora mucho del territorio propio de un animal, pero en su caso se trata de un dominio muy impreciso, que no implica una ligazón de los individuos con objetos o parajes concretos. Por el contrario, cuando el hombre cultiva gramíneas, hortalizas, árboles, e incluso cuando cuida animales, se produce una poderosa dependencia de los individuos respecto a parajes concretos de la naturaleza: por lo general, una doble dependencia de los campos de cultivo y de la vivienda, aunque esta última depende de aquéllos; se podría decir que los cultivos obligan a los hombres a inmovilizarse en sus proximidades, que los hacen sedentarios, que centralizan sus intereses y su atención. Es natural: desde que los hombres aprenden a producir sus alimentos se hacen dependientes de sus campos de cultivo porque su existencia depende de ellos.

### **La dependencia de los cultivos obliga al hombre a descubrir la naturaleza**

Ahora bien, los hombres preparan sus cultivos con grandes trabajos y esfuerzos, incluso con arreglo a normas que durante siglos han dado buenos resultados, pues la germinación, la fructificación y la conservación de la cosecha dependen de muchos factores (de la lluvia, el sol, los vientos, las

heladas, las tormentas, un pedrisco, los animales, etc.) sobre los que aquéllos no pueden ejercer ningún control. Por eso, desde que terminan las faenas de la siembra o plantación, los hombres permanecen angustiados, pendientes de lo que pueda ocurrir a sus cosechas y sin escatimar sus actividades subsidiarias para conseguir el éxito y que no se frustren sus esfuerzos. Protegidos por sus viviendas y por las empalizadas de sus aldeas, los hombres se consideran seguros, pero sus corazones están pendientes de sus campos de cultivo; sus vidas parecen seguras en las casas de sus aldeas, pero ellos permanecen atentos a los campos de los que proceden sus alimentos, fundamento de su existencia.

De modo sorprendente, lo que da seguridad a los hombres los hace a su vez tremendamente dependientes. Parece evidente que cuando los hombres vivían de los productos espontáneos de la naturaleza eran más libres, puesto que no estaban ligados ni a los campos de cultivo (o a los rebaños) ni a las viviendas de la aldea. Sin embargo, sus vidas eran mucho más inseguras y, sin seguridad, de nada les servía la libertad.

Por lo mismo, la dependencia respecto de los cultivos agrícolas, creados por los hombres con su experiencia y sus esfuerzos, les impone a aquéllos una nueva tarea. A saber: *conocer el conjunto, conocer el todo del que no podían tener experiencia, porque no era objeto de la acción humana.*

Los hombres fueron impulsados a conocer el todo porque de él dependía su subsistencia, su conservación. Sus cultivos dependían de los vientos, de las lluvias, de las tormentas, del sol y del suelo y, a veces, del desbordamiento de un río en el momento inesperado. Pero ¿de quién dependían los fenómenos atmosféricos? ¿Quién los gobernaba?: ¿las ánimas?; ¿los espíritus?; ¿los dioses? Pronto se llegó a una conclusión: el orden que reinaba sobre sus campos cultivados estaba organizado y regido por los espíritus, los dioses, y, dependiendo de la regularidad relativa de los fenómenos atmosféricos, así eran los dioses.

Tanto trabajo, tanto esfuerzo, tanto empeño y experiencia ponían los hombres en sus cultivos (que eran, con justicia, lo más importante para ellos) que no podían abandonarlos al azar; necesitaban una regularidad sobre sus campos, una ley que asegurase el éxito de su trabajo; necesitaban tener confianza en que todo marcharía bien para poder seguir trabajando. Por eso empezaron por imaginar que alguien -quizás los dioses- gobernaba con regularidad perfecta los fenómenos atmosféricos; y, cuando fueron acumulando conocimientos, imaginaron que un solo dios gobernaba con sabiduría y con rigurosa regularidad todos los fenómenos naturales y que no se movía ni una hoja sin su voluntad.

Durante milenios, los hombres no sólo tuvieron conocimiento de muy pocas regularidades de la naturaleza (como la sucesión de los días y las noches, los movimientos de los astros visibles, la periodicidad de las estaciones, las mareas, etc.). Lo irregular, lo arbitrario, era lo dominante; y de ahí que sus dioses fueran asimismo arbitrarios y coléricos al estilo de los gobernantes humanos. La suspensión o interrupción de las leyes naturales era lo normal; los dioses se veían obligados a estar interviniendo de modo constante en los asuntos naturales, tanto como en los asuntos humanos. Por lo mismo, la concepción del conjunto tenía una base principalmente religiosa; la

imagen del mundo constaba de dos partes, la tierra (llena de imperfecciones e irregularidades: “este valle de lágrimas”) y los cielos (donde todo era perfecto y regular). Los cielos eran la imagen del orden y de la perfección; y el movimiento perfecto de los cuerpos celestes, testimonio de ello.

### **El conocimiento humano avanza de lo cotidiano experimentable al todo inaccesible a la experiencia**

Una cuestión muy importante es cómo se ha pasado, históricamente de las acumulaciones de experiencia recogidas por los labradores y artesanos (en su lenguaje, en los utensilios, en las herramientas, en el conocimiento de los materiales, etc.) al conocimiento de conjunto, al conocimiento de los procesos de la naturaleza.

Parece correcto pensar que los hombres se esforzaron por entender y explicarse los procesos naturales por analogía con las actividades que ellos mismos ejercían sobre las cosas por medio de las herramientas; y que esa analogía de los agentes de la naturaleza con las acciones humanas se intensificó y amplió a medida que progresó y se perfeccionó el equipo tecnológico hasta llegar a condicionar aspectos importantes del conocimiento que los hombres se formaron de los fenómenos naturales. Se podrían aducir numerosos casos: desde el Dios que crea las cosas y las modela con barro, al modo de los alfareros, hasta la concepción del animal como una máquina y la asimilación actual del funcionamiento del cerebro al funcionamiento de una calculadora o de una máquina cibernética, pasando por los vientos que arrancan el agua en la superficie del mar como la garlopa arranca virutas de la madera,

Es natural que los hombres progresaran en el conocimiento de los procesos naturales apoyándose en su acción sobre las cosas a través de las herramientas, porque es única y exclusivamente de su acción de donde los hombres extraen experiencia. El hombre no tiene otra fuente de experiencia (ni de conocimiento) que no sea la acción humana. Como no disponían de otro cauce de conocimiento, los hombres se vieron forzados a avanzar (a progresar) de lo conocido a lo todavía no conocido; de lo dominado por la acción humana a lo no dominado. Como vislumbró ya Francis Bacon, el dominio del hombre sobre la realidad corre parejo al conocimiento de ésta; lo más útil en la práctica es lo más correcto en la teoría.

Pero, aun cuando la acumulación de conocimiento resultó del avance del dominio del hombre sobre las cosas, también contribuyó a ella la unificación de la especie, que llegó a su casi plena realización con los descubrimientos geográficos; pues el tesoro de la experiencia depende también del número de hombres que hacen aportaciones al mismo. No debe olvidarse que *cada hombre levanta un esquinilla del velo que oculta la realidad* y comunica a los demás lo que ha visto; cuando millones de hombres, y no decenas, aportan su experiencia de lo real, el conocimiento del mundo progresa con pasos de gigante.

Cuando el progreso del dominio del hombre sobre las cosas y el consiguiente avance del conocimiento permitieron descubrir algunas leyes de la naturaleza, frente a la idea de un Dios arbitrario e iracundo -el Dios tribal- que interviene de modo constante para corregir o alterar los procesos naturales,

surgió la idea de un Dios sabio, prudente y alejado que creó un mundo dotado de tales principios y leyes que marcha por sí mismo sin intervenciones de ningún tipo.

Copérnico, Galileo, Kepler y Newton establecen los fundamentos de una manera nueva de concebir la realidad: existe un orden natural que preside los procesos de la naturaleza y hasta lo que parece más arbitrario y caprichoso, las relaciones y transacciones entre los hombres. La naturaleza -el universo entero- está sometida a unas mismas leyes, a un orden; desaparece la diferencia abismal que separa a los cielos de la tierra, porque todo lo que existe está constituido por una misma materia; la fuerza que hace caer la manzana al suelo es la misma fuerza que mueve a los astros. La materia todavía es inerte, pero una vez que ha recibido el primer impulso ya no se detiene nunca; se mueve conforme a sus propias leyes, obedece al orden natural.

Desde sus lejanos orígenes, en la prehistoria, la integración de la experiencia humana venía pasando, desde la subjetividad de las necesidades individuales, por los propósitos sociales (y el lenguaje); pero *el crecimiento acumulativo del conocimiento permitió dar el primer paso hacia la organización objetiva del mismo*. Y ese cambio desde un marco social, propio de la especie, a un marco objetivo obtenido de la propia realidad tuvo consecuencias trascendentales para el progreso del conocimiento y para el dominio de la realidad por el hombre.

Por de pronto, se abrieron nuevas posibilidades, extraordinarias, para la integración de la experiencia, que crecía de forma tan abrumadora que el marco social (hasta entonces único) no permitía clasificarla e integrarla. Pero, además, el crecimiento de la propia experiencia facilitó el descubrimiento más trascendental: que la naturaleza estaba sometida a sus propias leyes, que operaba por sí misma, que ella era el origen de su propia actividad, que la participación de los hombres o de los dioses (recuérdese la proliferación de los dioses mitológicos greco-romanos) era innecesaria, era superflua.

Este progreso fue decisivo para el surgimiento de la ciencia experimental, cuyo rasgo más característico es que el hombre se limita a establecer las condiciones para que se produzca un proceso, puesto que son las fuerzas de la naturaleza las únicas que actúan en tanto que el investigador pone el máximo cuidado en neutralizar su propia acción a fin de poder observar, medir, etc., cómo las fuerzas naturales obran con plena independencia. Ésta era condición indispensable para el descubrimiento de las leyes naturales, para conocer el orden natural y no perturbarlo sino utilizarlo en el propio provecho.

Hasta este momento, durante la larga etapa anterior, los hombres extrañan experiencia de su acción sobre la naturaleza confundiendo la acción ejercida por medio de las herramientas con la acción de las propias leyes de la naturaleza (mejor dicho, con la acción de los propios objetos); y en la mayoría de los casos todavía se tomaba en consideración otro tercer tipo de acción: la influencia de los espíritus y de los dioses. No debe extrañarnos que con tal mezcla fuera difícil (si no, imposible) la formulación de leyes objetivas del comportamiento de las cosas naturales.

Esta larga etapa anterior estuvo dominada por la actitud empírica, caracterizada por el hecho de que el hombre realizaba una acción pendiente

siempre del resultado, que correlacionaba directamente con su acción y no con las leyes y la actividad de la propia naturaleza. Es cierto que ese tipo de pensamiento no ha desaparecido ante el empuje de la ciencia experimental; coexiste con ella, e incluso se podría afirmar que en los últimos decenios se ha producido una recaída en el empirismo, a pesar de las precauciones metodológicas, que tanto se ensalzan ahora.<sup>3</sup>

### **Inversión de las relaciones del hombre con la realidad: la mitología**

Los campesinos del Neolítico con su acción guiada por su experiencia crearon las bases reales de la cultura humana: cultivo y selección de plantas alimenticias; invención de procedimientos para transformar las semillas, tubérculos, raíces y hojas en alimento adecuado al aparato digestivo humano; utensilios para conservar y transformar los productos de sus cultivos; viviendas fijas; y descubrimiento del método para domesticar animales con el fin de utilizarlos como colaboradores del hombre en el trabajo.

Entre esos geniales campesinos, que echaron así las bases de las ciencias naturales y de las religiones, y los primeros Estados esclavistas del Cercano Oriente media *la increíble revolución social mitológica que ha invertido las relaciones del hombre con la naturaleza*.

Hoy sabemos, por la historia, por la arqueología y por la misma ciencia biológica, que los hombres son los verdaderos creadores de la cultura (en la forma en que se ha expuesto en las páginas anteriores). Sin embargo, por numerosas leyendas o narraciones, e incluso por relatos escritos, tenemos noticia de que todas las artes fueron reveladas a los hombres por los dioses: Osiris les enseñó a cultivar la cebada y el trigo, a preparar el vino, a construir casas y a vivir en sociedad; y Prometeo fue aún más lejos, pues enseñó a los hombres todo, desde el hablar hasta las artes adivinatorias.

¿Qué ha pasado en esos siglos que median entre el final del neolítico y el florecimiento de las monarquías esclavistas y de la cultura griega? Simplemente, que los campesinos han sido esclavizados, oprimidos y embrutecidos, y convertidos en “instrumentos vocales”, como diría Marco Terencio Varrón (116-26 a.C.);<sup>4</sup> unos hombres tan miserables e ignorantes que era imposible que hubiesen creado nada y, menos, las bases de su cultura. Sobre su trabajo se había establecido una organización social asombrosa que invirtió por completo las relaciones de los hombres con la naturaleza e inventó el prodigioso, omnipotente y persistente mundo de los espíritus; se creó un duplicado ideal de la sociedad humana al que los hombres quedaron sometidos de modo férreo.

Desde entonces, los hombres vivieron convencidos de que eran peregrinos desterrados en este valle de lágrimas, de que esta realidad no era la verdadera y genuina realidad sino un pálido reflejo, una burda imitación, de la auténtica realidad, que está en el *Topos ouranos*, en los cielos; y, a medida que la vida de los hombres se hacía más miserable sobre la tierra, más rico y

---

<sup>3</sup> La versión manuscrita del texto que se ha localizado concluye aquí. (*N. del ed.*).

<sup>4</sup> Marco Terencio Varrón enumera tres clases de instrumentos de las labores agrícolas: los que hablan (los hombres, libres y esclavos), los semivocales (o sea, los bueyes) y los mudos (las herramientas). (*N. del ed.*).

esplendoroso -por compensación- aparecía el duplicado de los cielos, en expresión genial de Hegel.

De hecho, toda la historia -la del mundo Occidental, al menos- ha estado penetrada, condicionada, determinada, por esa dualidad y duplicidad, que ha gravitado con especial vigor e impacto sobre la actividad intelectual. El conocimiento, las relaciones del hombre con la naturaleza, lo mismo que las relaciones de los hombres entre sí, han estado deformadas por la primera y originaria gran inversión de la relación del hombre con la naturaleza: de los dos elementos del hombre, el alma y el cuerpo, la parte dominante, la más noble, espiritual y sublime, procedía del cielo, del mundo de los espíritus, como dotada de una naturaleza peculiar (de autoactividad, de espontaneidad, de espiritualidad e incluso de inmortalidad, con la memoria, el entendimiento y la voluntad como sus propiedades privativas).

Esta concepción del hombre ha ensombrecido e impedido la comprensión de sus relaciones genuinas con la realidad, al conferir al alma humana sus leyes de comportamiento y acción y al cuerpo y a la naturaleza entera las suyas, completamente subordinadas, con lo que la coincidencia entre unas y otras no sería sino un perenne y fenomenal milagro.

Pues bien, lo fundamental del pensamiento de Hegel se inserta en ese grande y persistente esfuerzo por reinstaurar al hombre plenamente en la naturaleza y en explicar el proceso humano de pensar como una forma de la actividad del hombre en su lucha con la naturaleza, de su trato con la realidad; sobre todo, en buscar una explicación naturalista y esclarecedora a esa actividad, aparentemente esencial y exclusiva del hombre: la razón.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> La versión mecanoscrita del texto que se ha localizado concluye aquí, a falta de una o más páginas, que se han perdido. (*N. del ed.*).